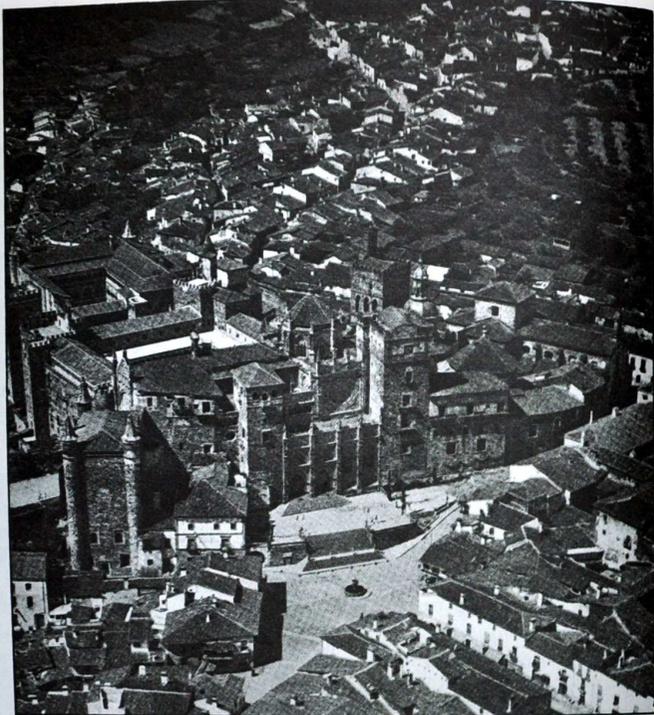


¡SIN PRISAS!

Me piden, a todo correr, un listín de monumentos artísticos de Guadalupe. Me obligan cariñosamente a meter toda una constelación de arte, como es Guadalupe, en píldoras de velocidad y mínima expresión. Y, sin embargo, yo pido desde aquí que se coloque, junto al cartelón de entrada a Guadalupe —«Monasterio, s. XIV»— un aviso urgente: «¡SIN PRISAS!» Nada más lógico allí: es un bocado exquisito de Edad Media, donde el tiempo se ha parado para mejor saborearlo. Buen café de aroma añejo y de linaje primogénito, que no se puede tomar de pie, a toda prisa, en cualquier bebedero de «Guía» apresurada de turismo. Nos quemaría y sería uno más en la lista de consumición de impresiones.

Hechos ya a la idea del remanso y de la paz, no nos embarullemos. Aquí todo está junto en síntesis armoniosa: siglos, estilos, realizaciones. Como que es un conjunto histórico-artístico. Y como tal está definido y declarado: no por esto o aquello, sino por todo en general y cada detalle en particular. Es decir: en su «conjunto». Y hay que empezar por lo que es primero y alma de todo en Guadalupe: su Monasterio. A su alrededor nació y creció el caserío, como su consecuencia bendita.

A primera vista, parece una fortaleza, un Alcázar, un Castillo. Es todo eso y más. Fue también Palacio Real y Cuartel General de la Reina Isabel la Católica, en sus guerras contra la Beltraneja y sus banderías: ahí están almenas, saeteras y mata-



canes para dar fe en piedra. Torres, chapiteles y fosos le hacen guardia de siglos. Ya no se puede ver la Hospedería Real, regalo verdaderamente regio de los jerónimos guadalupenses a los Reyes Católicos para cele-



brar la conquista de Granada. Estaba al SO, del Monasterio y fue levantada bajo los planos y la dirección del Mtro. Juan Guas, el mismo que ensortijó de espumero al gótico isabelino de San Juan de los Reyes, de Toledo. (En la plaza mayor —en forma de corazón hispánico— donde arrancan las escalinatas como peregrinos de granito para caer a los pies de la Virgen Morena, puedes ver unos «poyos», de factura imperial, que daban la bienvenida a los Reyes a su Hospedería: es todo lo que queda...) Pero sí puedes reconstruirla en su imaginación, con los planos completos y descripción metódica del mismo Guas, que por suerte se conservan en el Archivo Histórico Nacional.

Pero es más Santuario y Monasterio que todo lo demás. Para eso nació. No en vano allí está la razón y ser de todo: una

Virgen, su Virgen, de talla románica de fines del siglo XII, documento en mano (el más antiguo, el del AHN, sign. 101-B). Es una imagen para el culto, y el lugar su más espléndida manifestación: milagros, peregrinaciones, reliquias y privilegios pontificios. Sedente de madera de cedro, vestida desde su aparición en nuestra Extremadura, o al menos desde el siglo XIV.

Su rostro, de serena e inefable majestad, es de un moreno intenso, gemelo al de las gentes de esta tierra. Su templo, ungido a través de los siglos con el amor de medio mundo, gótico y suntuoso, severo y esbelto, es basílica desde 1955. Está fuertemente teñido de un original mudejarismo, que no dudaría en apellidar «guadalupense». Bellas realidades en las líneas altivas. Singular perfección escultórica en pórticos y altares. La piedra —elemental en su belleza— pasa a ser ejemplar para la exigente mirada del espíritu.

En lujosa corte de honor: una sacristía, reina de sacristías, verdadero museo abierto de los mejores zurbaranes; el camarín, entre el XVII y XVIII, fervor del alma y maravilla del barroco, con nueve lienzos encantadores de Lucas Jordán y ocho tallas de La Roldana que magnifican las ocho mujeres fuertes de la Biblia; y el claustro mudéjar, del XV, hermoso y único ejemplo en su género, donde el gótico espiritualista y el árabe sensorial se conjugan felizmente en un abrazo sobre la realidad del airoso templete del jardín. Hay otro claustro, que es gótico antes que nada, casi a la vuelta (por aquello de que todo está aquí bellamente amontonado). Es un suntuoso cuadrado, según pla-

nos de Egas y Covarrubias, del mejor gótico flamígero, montado en tres órdenes de arcos de marcada sencillez y elegancia, con reminiscencias de estructura y ornamentación mudéjares en ventanales y chimeneas.



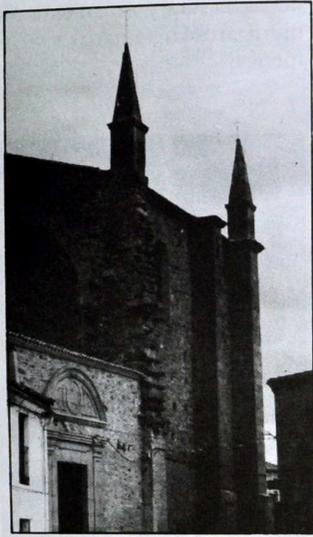
Pero lo que se dice «amontonado», sus museos: de bordados y miniaturas. Salieron de los talleres de bordaduría y demás artes monásticas. Aquello fue todo una colmena de oración y estudio, vida y arte: pergaminerías, herrerías, orfebrerías, boticas, escuelas de medicina... Estas fueron de las más famosas: en ellas se hizo la primera autopsia —ya en el XV— y se adelantaron en

mucho tiempo en prácticas entonces poco conocidas, como sutura de heridas y la cura de sífilis. Y —cosa que apenas se dice— también en el tratamiento empírico sobre el pan mohoso, al que llamaban «penicillum notatum»: de ahí a la «penicilina» sólo un paso, el de la cristalización. El gran Fleming estuvo en Guadalupe —¡sintómicamente!— el invierno anterior a su genial descubrimiento... Todavía se pueden ver aquellos hospitales en Guadalupe, que fueron tan famosos y antiguos como su santuario. La historia nos ha transmitido el nombre de los cuatro príncipes, que pueden ver a pocos pasos del monasterio: el de San Juan Bautista o de los hombres; el de las mujeres, o de las «ubas», y el de niños expositos. Todavía quedaba otro, en el camino del Norte, cercano a Guadalupe: el Hospital del Obispo, con carácter de albergue gratuito de peregrinos. Y con los hospitales, las farmacias o boticas, trasladadas al claustro gótico en la primera mitad de XVI. Pero de ellas apenas si nos quedan tarros de cerámica...

Vale la pena estirar las piernas por el pueblo para seguir coleccionando historia y arte al por mayor. Nada más salir por la puerta grande de la basílica-bronze repujado del XIV— tras un breve repecho a la izquierda, está el actual parador de turismo, antiguo colegio de Infantes con patio mudéjar y artesonado de primor. Frente por frente, el hoy «Auditorium» en el edificio de la iglesia Nueva, arquitectura barroca del XVIII bajo la inspiración de Churriguera. Siguiendo hacia arriba, una teoría de soportales recuerdan las casas de los primeros capellanes de la Virgen

UN RECORRIDO DE URGENCIA POR SUS RIQUEZAS ARTISTICAS

Para escribir de los monumentos del Campo de Arañuelo se me ha dicho que he de centrarme en Navalmoral de la Mata y mirar al Norte hasta Talayuela, al Sur hasta Valdecañas, al Este hasta El Gordo y al Oeste hasta Almaraz. Y lo he hecho con ese compromiso que siempre se tiene cuando se ha de visitar algo perfectamente conocido, pues no en vano uno nació en el centro del Campo de Arañuelo. Y desde un principio pensé que sería mejor partir de cero. Tuve que olvidar las veces que de niño recorrí aquellos lugares para encontrarme con la sorpresa de quien los descubre por vez primera. Luego



resulta, a la hora de la verdad, como siempre pasa a cualquier paisano, que uno se da cuenta que no sabe qué decir de los monumentos que hay en esa extensa llanura de arcilla arenosa que conforma el Campo de Arañuelo. Por eso empecé el recorrido cual visitante, y no como habitante, por mi pueblo.

Centrado en Navalmoral de la Mata, no hay que preguntar a moralo alguno por dónde está el escudo de armas del obispo de Plasencia Gutiérrez de Vargas Carvajal, porque no sabrá decírselo. Hay que preguntar por la iglesia de San Andrés. Entonces, usted se dirigirá a esa parroquia y podrá admirar el

Pasa el próximo arco, llamado de San Pedro, que dividía el barrio de Arriba en Villa como el de Sevilla, debajo de la plaza, en Puebla, con sus puertas engarfiadas que caían a la medianoche, y si tienes armadura en los glóbulos o poco menos, atrévete con la calle Real, por donde llegaban los reyes en peregrinación: ¡mira qué encanto de balcones voladizos, como celosías de confesionario, y asómbrate que no se caigan, sostenidos como están sobre palos viejísimos que semejan muletas paralíticas de soles y siglos!

Subiendo por ahí en dirección al cielo de las Altamiras, se llega al mudéjar templete de la Cruz del Humilladero, así llamado porque allí hincaban sus rodillas al divisar por vez primera los peregrinos el santuario: es tan antiguo —¡y, ay, tan abandonado!— como el primer prior, fray Yáñez, que

lo mandó alzar (1389-1412). Desde allí parecen estar a la mano las Villuercas, monumentales sierras ingravidas de la Mariánica, que tienen en sus faldas frondosísimas la granja de Mirabel, lugar de veraneo de los monjes jerónimos, y la de Valdefuentes, con un arte sonado mudéjar muy puro en la nave principal de su capilla de Santa Cecilia (único resto, por desgracia, de tanta riqueza pasada...)

No dejes también de ver, antes de irte, la casa del más famoso comentarista de las Siete Partidas del Rey Sabio, el famoso juriconsulto Gregorio López de Córdoba y Valenzuela. Su sepulcro, con lauda, está al lado izquierdo del arco rebajado que da acceso al templo. Y su casa —«jaula demasiado chica para águila tan grande», dijo, al verla, Felipe II— está a dos pasos de la plaza, casi debajo del Arco de Sevilla.

Una portelada berroqueña —¡lástima que se está cayendo!— con su escudo de armas grafiado y lápida conmemorativa lo recuerdan.

Perdersé por estos rincones, bajo estos arcos, al socaire de fuentes que no dejan de cantar, es una delicia. No hay que olvidar que también el pueblo de Guadalupe es conjunto monumental histórico-artístico. Y a punto estuvieron de declarar lo mismo a los alrededores: méritos de acuarela no les faltan.

Me han pedido de prisa y casi en píldoras una guía de los monumentos artísticos de Guadalupe, mi pueblo. Y ya veis: sólo con ponerlos en fila, sin pararme en detalles, ocupan casi lo que una provincia artística entera.

Nicolás SANCHEZ PRIETO
Cronista oficial de la Villa y
Puebla de Guadalupe

escudo de aquel famoso obispo del siglo XVI, y también las dos portadas platerescas. Es lo más significativo que tiene Navalmoral de la Mata. Es una pena que los visitantes pasen de largo, muchas veces por culpa de los mismos moralos, y otras porque los guías lo ignoran, como la misma «Guía secreta de Extremadura». Quien llegue hoy a Navalmoral recogerá sólo la impresión de estar



en una fabril ciudad, en la que nada queda de aquella Venta del Moral, adonde acudían los representantes de los lugares próximos para reunirse en la ya desaparecida iglesia de Santa María de la Mesta. Pero si usted no llega con demasiada prisa, puede subir a la «Piedra Caballera», desde la que podrá ver a sus pies el pueblo, y a lo lejos la montaña de Gredos. Antes de abandonar Navalmoral puede preguntar por las fiestas del pueblo. Todo el mundo le dirá que las de «El Carnaval».

Para alejarse de Navalmoral de la Mata, además de la nacional V, hay otras carreteras que llevan a cualquiera de los puntos cardinales. Nosotros vamos a escoger la que lleva al pueblecito de Valdehúncar, para seguir hasta la orilla del embalse de Valdecañas. Allí está el monumento más importante de toda esta comarca: la co-

lumnata romana de Talavera la Vieja. Le aconsejo llegue al amanecer o al atardecer. Está al borde de las aguas, testimoniando su salvación. También sirve de denuncia por el hundimiento de otros restos romanos que, junto a las casas del pueblo de Talavera la Vieja —la antigua Augustóbriga—, quedaron sepultados en el embalse de Valdecañas, en 1963. La columnata tiene un zócalo

de sillería, y de ahí se elevan las corintias columnas de fustes acanalados. El diámetro de su base es de más de un metro. La sorpresa que provoca tropezar con esta columnata en medio del Campo de Arañuelo es ya casi milagro acostumbra-do para los habitantes de la zona desde que la colocaron ahí, porque mentira parece que no se la hayan llevado a unos jardines de Cáceres, como insistentemente nos decían a principios de los años sesenta, por lo que también tiene ese monumento algo de trofeo conquistado a las fuerzas capitalinas.

Lo que el visitante hoy no podrá contemplar en ningún lugar de la provincia de Cáceres son unos cuadros de El Greco que había en Talavera la Vieja. Quienes éramos niños moralos a finales de los años cincuenta bien recordamos las caminatas que hacíamos para ver una Co-

ronación de la Virgen, un San José y un San Pedro con la firma de El Greco, que estaban en la casa rectoral de Talavera la Vieja. Sobre todo, se distinguía la firma del pintor en el cuadro de la Coronación, que estaba en el lado inferior derecho de la figura de Santo Domingo. Con una secreta alegría los muchachos volvíamos a Navalmoral por tener allí tan cerca, en Talavera la Vieja, un pequeño museo de El Greco. Y aunque nuestros antepasados pudieron contemplar todo el retablo hecho por el pintor para el pueblo, según escritura existente, con fecha del 14 de febrero de 1591, a nosotros nos bastaban aquellos tres cuadros que allí quedaron después de la guerra civil. Hoy, después de ver la columnata, no nos queda más remedio que seguir adelante pensando cuándo va a repararse ese expolio legalizado que hizo la Dirección General de Bellas Artes en 1962, al llevarse los tres Grecos al museo toledano de Santa Cruz.

Torciendo a mano izquierda, se coge una carretera vecinal que lleva a Guadalperal, donde hay un asentamiento megalítico con cámara circular y corredor de grandes piedras, y con unas series de coronas de piedras concéntricas a la cámara circular que dan a la construcción un extraordinario carácter monumental. Aunque en este asentamiento no se encontraron ídolos-placa como en el de Valencia de Alcántara, en cambio se halló cerámica campaniforme, por lo que los historiadores creen que fueron construidas por gentes procedentes del sudeste a través de Badajoz. La visita a Guadalperal no durará mucho. Pero antes de abandonar este paraje hay que seguir un poco más a la izquierda, camino de